



*Los trasnochadores*







John Lessone

# Los trasnochadores



LITTLE SHIT MACHINES  
EDICIONES.



*Título de la edición original:*

Los trasnochadores

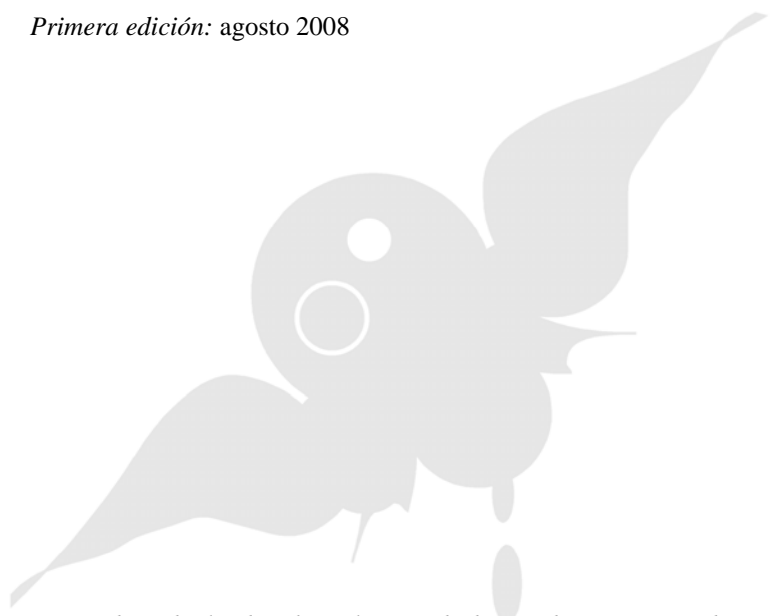
*Ilustración de la portada:*

Café Terraza (Van Gogh)

*Diseño de la portada:*

John Lessone

*Primera edición:* agosto 2008



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

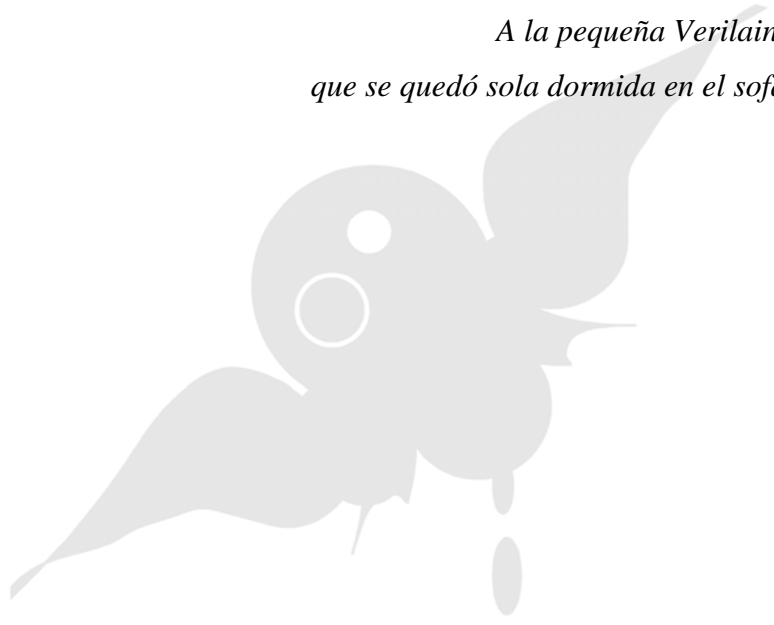
© John Lessone, 2008

© Little Shit Machines Ediciones, 2008

Printed in Granada (SPAIN)



*A la pequeña Verilain,  
que se quedó sola dormida en el sofá*







*¿Puede darse un ser más extraño y más interesante que un trasnochador de pueblo? ¿Qué hacen estos trasnochadores fantásticos durante toda la noche interminable de las ciudades muertas?*

*Azorín (Los pueblos)*

*- Pero ¿qué clase de persona eres tú? - preguntó.  
- Soy un payaso - dije -, y colecciono momentos.*

*Heinrich Böll (Opiniones de un payaso)*

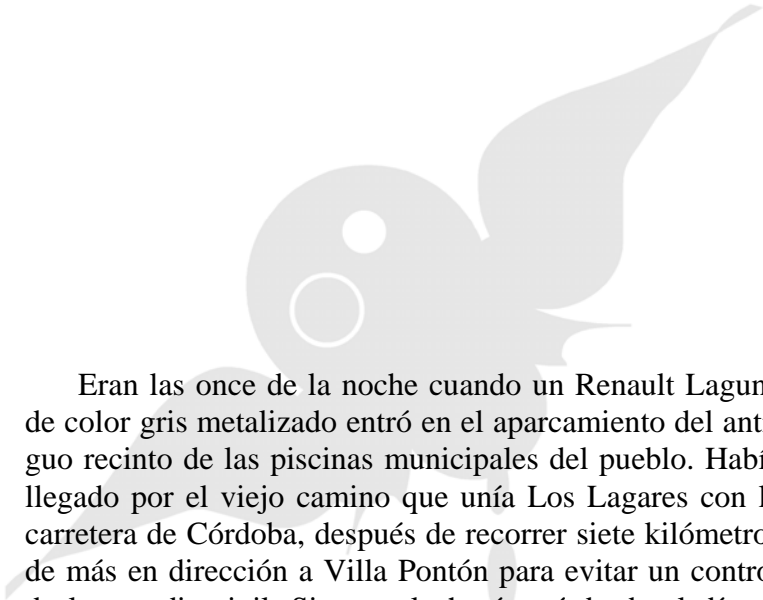
*Estimulado por estas posibilidades de fomentar mis vicios, mi temperamento se manifestó con redoblado ardor, y mancillé las más elementales reglas de decencia con la loca embriaguez de mis licencias. Sería absurdo detenerme en el detalle de mis extravagancias. Baste decir que excedí todos los límites y que, dando nombre a multitud de nuevas locuras, agregué un copioso apéndice al largo catálogo de vicios usuales...*

*Edgar Allan Poe (William Wilson)*





*VIERNES DE JANEIRO*



Eran las once de la noche cuando un Renault Laguna de color gris metalizado entró en el aparcamiento del antiguo recinto de las piscinas municipales del pueblo. Había llegado por el viejo camino que unía Los Lagares con la carretera de Córdoba, después de recorrer siete kilómetros de más en dirección a Villa Pontón para evitar un control de la guardia civil. Siempre lo hacía así desde el día en que aprobó el examen práctico de conducir. Un amigo lo había llevado allí para celebrarlo y desde entonces acudía religiosamente cada viernes; Papito era hombre de costumbres y vicios, más de lo segundo que de lo primero. Todo aquello que había probado y que le había gustado a lo largo de su vida, lo seguía repitiendo diaria, semanal o mensualmente, dependiendo del precio del vicio en cuestión.

Papito bajó el volumen de la radio, abrió la guantera y sacó la carpeta de los papeles del coche. Encima del forro



plastificado volcó tres pellizcos de azúcar de la bolsa que guardaba en uno de los ceniceros que nunca utilizaba. Llegaron entonces tres coches más y aparcaron cerca del Laguna. Papito saludó a dos de ellos con un guiño y siguió pintando su paso de peatones mientras observaba al tercero. Nunca lo había visto por allí pero tampoco le preocupó; de sobras sabía que aquel era el único aparcamiento dónde nunca le enseñarían una placa. Los que las llevaban no necesitaban enseñarlas para beber, meterse y subir al primer piso gratis, cortesía de la casa con los huelebraguetas de paisano que terminaban su turno allí, aburridos de rondas por el centro buscando porros y líneas de bicarbonato en retretes.

Papito terminó de hacer un canutillo con el billete de cincuenta y fue encañonando con su nariz cada línea del pareado. Esperó unos segundos tras el fusilamiento, aspiró con fuerza por cada orificio nasal tapándose el contrario y le hizo un traje de saliva a la bolsa. Volvió a guardar todo el instrumental, salió del coche y se puso a mear contra el tronco de un sauce llorón. Aspiró una vez más en busca de motas rezagadas y apretó la puntita para sacudirse las últimas gotas de colonia. Se calzó bien el paquete cual torero, lanzó un gargajo blanquecino contra el suelo y entonces sí, encendió el primer puro de los viernes y entró con decisión en el Club.

Papito saludó a Buffalo, uno de los dos guardias de seguridad que custodiaban el *hall*. Le preguntó por el caso y Buffalo contestó que estaba todo arreglado. Acababa de volver de unas largas vacaciones por Galicia después de haberle roto el brazo por tres sitios a un tipo que no quería pagar. Yo no quería hacerle nada, había relatado al magistrado Tiberio Sanz en el juicio oral, pero cuando me dijo que mi madre también trabajaba allí tuve que retorcerle un poco el brazo. El juez Sanz, hombre de infinita paz y so-



siego, administraba justicia de forma solícita en el fuero local desde hacía tan sólo seis meses, cuando uno de sus célebres braguetazos lo condujo hasta la alcoba de la hija de un magistrado del tribunal supremo. Era persona de rostro agraciado, verbo atascado, y habilidad escasa para retener mujeres en la cama. Contaban en el pueblo a sus novias por encima del centenar, pero en cuestiones de verdadero amor hubo de sufrir sentencias de gran desconsuelo. El juez continuó diciendo al acusado que entre retorcer y romper había una diferencia de tres huesos rotos y siete mil quinientos euros, pero antes de emitir un veredicto no pudo evitar la curiosidad y preguntó al agresor por el motivo real de su conducta. A su entender, un hombre como aquel en un trabajo como ese, debía estar más que acostumbrado al insulto y a la lidia con santeros salidos y concejales viciosos. Buffalo, que debía aquel apodo a su parecido físico con el limpiabotas de Juncal, acercó sus dos metros de estatura al estrado y susurró al oído de su señora: señor juez, si es que es verdad que mi madre trabaja allí, ¿no hubiera hecho usted lo mismo? Chasqueó los nudillos sin dejar de mirar a su excelentísima, y éste, acercando la cabeza lentamente a la oreja izquierda del acusado, le dijo en voz baja que él le hubiera roto hasta las piernas pero que, habiéndole dejado el brazo hecho una escalera, la ley era clara y no dejaba lugar para la duda. Solo cuando el gigante asintió como un niño que acaba de comprender un castigo merecido, Sanz dictó sentencia aliviado y golpeó la mesa con el mazo, cerrando así su primer y último pleito en aquel pueblo de mierda antes de solicitar un traslado a su suegro.

Los Ángeles era un club de carretera con varias salas separadas entre sí por biombos de terciopelo rojo tan largos como el muro de Berlín. En cada sala había un pequeño escenario redondo con una barra metálica en el centro,



sofás de doce plazas forrados de escay blanco, máquinas de discos de época y televisores de plasma con vídeos de Luís Miguel. Las paredes, cubiertas por grandes espejos, hacían el doble del espacio. Era en definitiva, un sitio hor-tera lleno de tías en lencería de saldo, que cada noche buscaban el final de aquel camino por atajos de treinta y cincuenta euros.

En el epicentro de aquel laberinto rojo estaba la barra del bar, donde una docena de camareros preparaban todo tipo de mezclas. En aquella pista de aterrizaje de cristal para almas sedientas se hizo al fin hueco Papito, entre el trasero de una rumana y el canalillo de una brasileña.

Apenas hubo pedido al barman el primer whisky con gingerale de la noche, se le acercó el primer culo del ala norte de la sala. La dueña del pomelo de ébano se presentó bajo el nombre de Regina y sin darle tiempo a Papito a decir esta boca es mía, le preguntó que si quería subir.

– Acabo de llegar niña, y con el frío que hace en la calle traigo los cojones como dos polos.

Papito empezó a soplarse las manos como si en verdad tuviese frío.

– Pero mi amor, yo te puedo dar mucho calor.

Regina terminó pegando por completo su cuerpo al de Papito y empezó a acariciarle el culo. El viejo truco había vuelto a funcionar. Pero Papito, que tenía vocación de proxeneta, continuó jugando al gato y al ratón.

– ¿Cuántas piruletas te has comido hoy Regina? Te lo pregunto, más que nada, porque a mí me gusta estrenar.

– Ninguna mi amor, acabo de llegar. Esta noche tú eres el primero –rió picarona la mulata. Paseó lentamente una mano por la cremallera del pantalón de su nuevo amigo.

– Mentirosilla.

– No, mi amor. Te lo juro. Esta negra quiere comerse





para hacerlo— y entre la cuarta y quinta copa levantaba el culo del asiento, llamaba a alguna moza de alterne, acordaba el precio y emprendía su primer viaje de luna de miel rumbo a la primera planta. Una vez dentro de la habitación, la meretriz lavaba y acicalaba las partes bajas de su cliente, mostrando una fingida admiración por el tamaño y robustez del miembro que esa noche había venido a parar a sus manos afortunadas. En la cama, justo antes de empezar a fornicar, Papito volcaba dos pellizcos de sal gorda en la mesita e invitaba a su compañera al aliño nasal a cambio de un solo de flauta sin gabardina. Media hora más tarde, Papito aparecería de nuevo en la sala, y con el bolsillo y el escroto más ligeros, volvería a acercarse a la barra.

Así transcurrían las primeras dos horas que Papito pasaba allí cada viernes. Pero esa noche todo empezó a cambiar desde el momento en que, con la primera consumición aún en la mano, pasó ante él una prima hermana de Dios con un tanga de la bandera de Brasil. Se giró riendo hacia un lado y saludó a un tipo que, apoyado en la barra, seguía contemplando aquellos glúteos de chocolate que poco a poco se alejaban. No lo conocía pero si estaba allí era por putero, como él, y eso le bastaba para saludarlo, como dos camioneros al echar las largas cuando se cruzan.

— Me parece que ya sé contra quien voy a jugar el primer partido de esta noche.

— En mi modesta opinión —dijo el desconocido— Brasil es mejor dejarlo para la final. Te puede eliminar a la primera. No hay que tener prisas.

Ambos se echaron a reír. Entonces aquel tipo, que iba vestido con un traje azul oscuro y corbata rojo burdeos, se acercó con disimulo a Papito y le hizo una pregunta:

— Disculpa hombre, sabes dónde encontrar algo de...  
—se tocó la nariz y sonrió— ya sabes.

Papito estaba a punto de decir que no cuando algo le



hizo cambiar de opinión. Observó al tipo una vez más. Tenía el pelo canoso pero elegante y lucía una perilla que se unía por la parte inferior a una barbita corta que llegaba hasta las patillas. No parecía el típico gorrón de burdel con traje y un cientoveintisiete en el aparcamiento. Tampoco tenía los modales de un manijero arruinado puesto hasta las cejas con ganas de más. Su acento era ligeramente catalán pero no exagerado. A Papito le cayó bien aquel tipo con aspecto de dandi y finalmente rectificó:

– Ven conmigo –y el tipo que no reconoció en los aparcamientos lo siguió.

